



Argentina y la Reconstrucción de su Política de Defensa

20 FEB 2026 · BIBLIOTECA PRIVADA

Rearme limitado, alineamiento con Estados Unidos y centralidad estratégica del Atlántico Sur

Resumen Ejecutivo

Argentina atraviesa una fase incipiente de reconstrucción de su política de defensa tras aproximadamente cuatro décadas de desinversión, deterioro doctrinal, obsolescencia material y pérdida de capacidades operativas. El gobierno de Javier Milei ha introducido un cambio político relevante: la defensa vuelve a ocupar un lugar visible en la agenda nacional, se ha revalorizado simbólicamente el papel de las Fuerzas Armadas y se han iniciado adquisiciones militares concretas, entre ellas los 24 cazas F-16 adquiridos a Dinamarca, los vehículos blindados Stryker y los aviones de patrulla marítima P-3 Orion para vigilancia del Atlántico Sur.

Sin embargo, el proceso parte de una base extremadamente débil. Argentina destina aproximadamente 0,45–0,50% del PIB a defensa, muy por debajo del promedio sudamericano, y cerca del 90% del presupuesto militar se consume en salarios, pensiones y retiros, dejando apenas un margen residual para entrenamiento, mantenimiento, combustible y adquisiciones.

El núcleo estratégico del problema argentino no se encuentra únicamente en la falta de armamento, sino en la ausencia de una estrategia nacional de defensa claramente articulada. Sin un marco estratégico comparable a las estrategias nacionales de seguridad de otros países, las compras militares corren el riesgo de responder más a oportunidades políticas o alineamientos internacionales que a una planificación coherente de capacidades.

El espacio decisivo para Argentina sigue siendo el Atlántico Sur. Allí convergen la cuestión Malvinas, la proyección antártica, las rutas marítimas interoceánicas, los recursos pesqueros, el potencial energético offshore y la presencia de flotas internacionales. En este marco, la relación con Estados Unidos se ha vuelto central: Washington ve en Argentina un socio potencial en su estrategia hemisférica frente a China, mientras Buenos Aires busca recomponer capacidades mínimas sin provocar una confrontación directa con el Reino Unido.

Cuatro décadas de deterioro: el punto de partida real

La defensa argentina no se encuentra simplemente en una fase de modernización pendiente, sino ante una reconstrucción casi fundacional. El deterioro acumulado desde el final de la dictadura militar ha afectado simultáneamente al personal, el material, la doctrina y la infraestructura. Durante los años sesenta y setenta, Argentina conservaba una estructura militar relativamente comparable a la de otros países occidentales, con una Armada dotada de planificación estratégica, una Fuerza Aérea de volumen considerable y una doctrina alineada con los parámetros de la Guerra Fría occidental.

A partir de los años ochenta, ese ecosistema comenzó a degradarse. Se interrumpieron los programas de modernización, se redujeron las adquisiciones relevantes y buena parte del equipamiento quedó progresivamente obsoleto. Hacia 2023, Argentina seguía operando, en numerosas áreas, con material y conceptos tecnológicos heredados de los años ochenta.

Este deterioro no fue solo presupuestario. Tuvo también una dimensión política e ideológica. Durante décadas, una parte relevante de las élites gobernantes mantuvo una relación de desconfianza, cuando no de hostilidad, hacia las Fuerzas Armadas, derivada del trauma histórico de la dictadura y del conflicto entre militares y movimientos revolucionarios en los años setenta.

Esa relación bloqueó la construcción de una política de defensa de Estado y convirtió la inversión militar en un tema políticamente incómodo.

A ello se sumó la narrativa de Sudamérica como “zona de paz”. Esta idea, instalada durante años en sectores académicos y políticos, permitió justificar la reducción del gasto militar bajo el supuesto de que Argentina carecía de amenazas relevantes. El resultado fue un país con vasto territorio, extensa fachada marítima, recursos estratégicos y proyección antártica, pero con capacidades militares insuficientes incluso para tareas básicas de vigilancia aérea, control marítimo y presencia sostenida en espacios de interés nacional.

Milei y el cambio de actitud hacia las Fuerzas Armadas

El gobierno de Javier Milei ha introducido un cambio de orientación más simbólico y político que estructural, aunque no por ello irrelevante. La primera transformación ha sido la recuperación pública del prestigio de las Fuerzas Armadas mediante mayor presencia institucional, desfiles militares y un discurso explícito de reconocimiento.

Esta dimensión simbólica importa porque la política de defensa argentina llevaba décadas condicionada por una relación traumática entre poder civil y mundo militar. La recuperación de legitimidad institucional es condición previa para cualquier proceso serio de modernización. Sin embargo, el cambio simbólico no resuelve por sí mismo la debilidad material.

La segunda transformación ha sido el inicio de un proceso de reequipamiento limitado, especialmente significativo porque se produce en un contexto de fuerte ajuste fiscal. El propio gobierno ha insistido en la idea de que “no hay plata”, lo que convierte cada adquisición en una señal política y estratégica.

Adquisiciones concretas: F-16, Stryker y P-3 Orion

La compra más relevante hasta ahora es la de 24 cazas F-16 daneses, con un coste aproximado de 300 millones de dólares. Se trata de aeronaves recientemente utilizadas en misiones OTAN y representa el intento más serio en décadas de recuperar una capacidad de combate aéreo creíble.

La operación tiene además una dimensión geopolítica clara. La adquisición de los F-16 se hizo evitando componentes británicos, lo que permitió sortear las restricciones derivadas del veto de Londres. No existe, en sentido estricto, un veto de la OTAN al rearme argentino; la restricción fundamental procede del Reino Unido, que puede bloquear sistemas militares occidentales cuando incorporan componentes británicos.

También se ha avanzado en la incorporación de vehículos blindados Stryker, orientados a modernizar unidades mecanizadas del Ejército. Su valor estratégico no reside únicamente en el número de vehículos adquiridos, sino en la señal de alineamiento doctrinal y operativo con estándares estadounidenses.

La tercera adquisición relevante son los aviones de patrulla marítima P-3 Orion, destinados a reforzar la vigilancia del Atlántico Sur. Esta compra es particularmente coherente con las necesidades reales del país: Argentina posee una de las fachadas marítimas más extensas del hemisferio, enfrenta desafíos de pesca ilegal, carece de presencia naval suficiente y debe proyectar vigilancia hacia el área de Malvinas y la Antártida.

En conjunto, estas adquisiciones no transforman por sí solas el equilibrio militar regional, pero sí marcan un cambio de tendencia. Argentina no está emprendiendo un rearme ofensivo, sino intentando recuperar capacidades mínimas perdidas.

El papel de Estados Unidos: oportunidad estratégica y riesgo de dependencia

La relación con Estados Unidos se ha convertido en el principal eje externo de la política de defensa argentina. Washington ha mostrado interés en reforzar vínculos con Buenos Aires por razones que exceden la afinidad política con Milei. La competencia con China, el valor creciente del Atlántico Sur, el acceso a la Antártida, la seguridad de rutas marítimas y la estabilidad regional sudamericana han devuelto a Argentina cierta relevancia estratégica para Estados Unidos.

La cooperación actual se sostiene sobre dos pilares. El primero es político: el alineamiento explícito de Milei con Washington facilita la relación bilateral y reduce fricciones ideológicas. El segundo, más importante a largo plazo, es burocrático y estratégico: las agencias militares y de defensa estadounidenses ven a Argentina como un socio potencial dentro de una arquitectura hemisférica de contención de la influencia china.

Esto se traduce en facilidades para transferencias militares, flexibilización de autorizaciones tecnológicas y cooperación técnica. El caso de los F-16 es ilustrativo: no se trata solo de una compra de material, sino de una reinserción parcial de Argentina en circuitos occidentales de defensa.

No obstante, este acercamiento plantea un dilema. Una cooperación más estrecha con Estados Unidos puede representar una oportunidad histórica para reconstruir capacidades, pero un alineamiento incondicional con Washington podría limitar la autonomía estratégica argentina. Existe el riesgo de que determinadas adquisiciones respondan más a la lógica del alineamiento geopolítico que a una evaluación estricta de las necesidades operativas del territorio argentino.

China y la competencia entre grandes potencias

La presencia china en Argentina se ha expandido durante los últimos años en sectores estratégicos de la economía, incluidos el comercio agrícola —especialmente soja—, la infraestructura portuaria y logística, la minería del litio, la energía y la tecnología.

Para Estados Unidos, la reconstrucción de la relación de defensa con Argentina forma parte de una lógica hemisférica más amplia. No se trata únicamente de modernizar capacidades argentinas, sino de impedir que China consolide posiciones estructurales en áreas críticas: puertos, rutas marítimas, minerales estratégicos, telecomunicaciones, energía y acceso indirecto a la Antártida.

Sin embargo, Argentina no puede permitirse una política exterior puramente binaria. Su economía necesita mercados, financiación e inversión. China seguirá siendo un socio comercial relevante, especialmente en agricultura, minería e infraestructura. Por ello, la cuestión estratégica no será elegir entre Washington y Pekín de forma absoluta, sino definir qué sectores deben quedar bajo una lógica de seguridad nacional y cuáles pueden gestionarse bajo parámetros comerciales ordinarios.

El reto para Buenos Aires consiste en evitar que la dependencia económica de China condicione sus decisiones estratégicas, sin romper innecesariamente relaciones comerciales que siguen siendo relevantes para su estabilidad macroeconómica.

El Atlántico Sur como centro de gravedad estratégico

El Atlántico Sur constituye el espacio geopolítico central para Argentina. En él convergen prácticamente todas las dimensiones relevantes de su política de defensa: soberanía, recursos naturales, rutas marítimas, pesca, hidrocarburos, proyección antártica y disputa con el Reino Unido por Malvinas.

La importancia del Atlántico Sur ha aumentado por varias razones. En primer lugar, el continente antártico adquiere creciente relevancia estratégica en un contexto de competencia por recursos, ciencia polar, rutas marítimas y presencia logística. En segundo lugar, la explotación de recursos pesqueros y energéticos en aguas australes genera intereses económicos considerables. En tercer lugar, la presencia de flotas pesqueras internacionales plantea desafíos de control marítimo que Argentina no está en condiciones de gestionar plenamente con sus capacidades actuales.

La vigilancia del espacio marítimo argentino exige medios de patrulla, sensores, presencia naval sostenida y coordinación interagencial. La adquisición de los P-3 Orion debe entenderse en este contexto: no es una compra secundaria, sino una de las decisiones más alineadas con las necesidades geográficas reales del país.

Malvinas: soberanía, recursos y proyección antártica

La cuestión Malvinas sigue siendo el núcleo estructural del problema estratégico argentino. No se trata únicamente de una disputa territorial, sino de un conflicto que afecta al control de recursos marítimos, la explotación de hidrocarburos offshore, la proyección sobre la Antártida y el control de rutas bioceánicas.

La presencia británica en las islas no se limita al control del territorio insular. Implica también capacidad de vigilancia, proyección militar regional, control sobre espacios marítimos adyacentes, concesiones pesqueras y exploración energética.

La política actual argentina parece orientarse a mantener el reclamo de soberanía, pero evitando la confrontación retórica permanente. Esta aproximación parte de una lectura pragmática: décadas de retórica confrontacional no han producido avances sustantivos.

Una tesis relevante es que la resolución final del conflicto difícilmente se producirá únicamente entre Buenos Aires y Londres. Washington será, de una u otra forma, un actor decisivo, ya que Estados Unidos mantiene intereses estratégicos tanto con el Reino Unido como con Argentina.

Esto no significa que Estados Unidos vaya a presionar fácilmente a Londres. La relación angloestadounidense sigue siendo estructuralmente profunda. Pero sí implica que cualquier avance argentino serio en la cuestión Malvinas requerirá una combinación de reconstrucción de capacidades, diplomacia paciente y comprensión precisa del equilibrio triangular entre Buenos Aires, Londres y Washington.

La conclusión fundamental es clara: sin una capacidad de defensa creíble, Argentina carece de instrumentos efectivos para convertir el reclamo de soberanía en una negociación significativa.

El problema presupuestario: una estructura insostenible

El mayor obstáculo interno para la modernización militar argentina no es únicamente el bajo presupuesto, sino su composición. Aproximadamente el 90% del gasto de defensa se destina a salarios, pensiones y retiros. Solo el 10% restante queda disponible para entrenamiento, mantenimiento, combustible y adquisiciones.

Esto genera una paradoja: Argentina mantiene unas Fuerzas Armadas relativamente grandes en términos de personal, pero con muy baja capacidad operativa. El país cuenta con alrededor de 105.000 efectivos militares, mientras que la Fuerza Aérea, con unos 21.000 efectivos, opera apenas unas pocas decenas de aeronaves.

El modelo actual resulta difícilmente sostenible. La alternativa sería evolucionar hacia unas Fuerzas Armadas más pequeñas, más profesionales, mejor equipadas y con mayor disponibilidad operativa, siguiendo modelos más cercanos a los europeos contemporáneos.

Este cambio, sin embargo, exige decisiones políticamente costosas. Reformar estructuras de personal, pensiones y cultura interna supone alterar equilibrios institucionales consolidados durante décadas. El proceso de modernización no puede limitarse a comprar equipamiento; debe transformar la arquitectura presupuestaria y organizativa de la defensa argentina.

Región, vecinos y cooperación sudamericana

El entorno sudamericano debería constituir el primer círculo estratégico de Argentina. La cooperación con Brasil, Chile, Uruguay y otros vecinos resulta esencial en materias como seguridad marítima, control de pesca ilegal, cooperación antártica, vigilancia de rutas y estabilidad regional.

Brasil aparece como el socio regional más relevante para cualquier estrategia argentina de largo plazo en el Atlántico Sur. La cooperación argentino-brasileña podría articularse en torno a vigilancia marítima, industria de defensa, proyección antártica y coordinación diplomática frente a actores extrarregionales.

No obstante, las dinámicas ideológicas entre gobiernos han dificultado históricamente la continuidad de proyectos regionales. Cada cambio de ciclo político suele alterar prioridades y paralizar iniciativas. La defensa requiere horizontes temporales mucho más largos que los ciclos electorales, y esa ha sido precisamente una de las grandes debilidades argentinas.

Problemas estructurales de la política de defensa argentina

Argentina no carece de potencial estratégico. Carece de un sistema capaz de convertir ese potencial en poder nacional efectivo.

Los obstáculos principales son la ausencia de visión de largo plazo, la politización de la política exterior y de defensa, la falta de continuidad institucional entre gobiernos, la insuficiencia presupuestaria y la desconexión entre defensa, desarrollo industrial, energía, tecnología y recursos naturales.

Una política de defensa moderna no puede reducirse a adquisiciones militares. Debe integrarse con la política industrial, la política energética, la seguridad tecnológica y la estrategia marítima. En el caso argentino, esto resulta especialmente evidente: litio, energía offshore, pesca, Antártida, rutas marítimas y Malvinas forman parte del mismo mapa estratégico.

El país necesita, por tanto, una estrategia nacional que articule capacidades militares, diplomacia, desarrollo económico y presencia territorial. Sin esa integración, las compras de material seguirán siendo necesarias pero insuficientes.

Valoración Final

Argentina ha iniciado un proceso limitado pero significativo de reconstrucción de su política de defensa. La adquisición de F-16 daneses, vehículos Stryker y P-3 Orion representa una señal clara de cambio de ciclo. No equivale a una modernización integral, pero sí rompe con décadas de abandono material y desprestigio institucional.

El alineamiento con Estados Unidos abre oportunidades importantes en materia de transferencia tecnológica, cooperación militar y reposicionamiento hemisférico. Pero también plantea riesgos de dependencia si no se integra en una estrategia nacional propia.

El centro de gravedad argentino seguirá estando en el Atlántico Sur. Malvinas, la Antártida, los recursos marítimos, la pesca ilegal, el potencial energético offshore y la presencia británica definen el verdadero tablero estratégico del país.

El desafío no es simplemente comprar más armas. Es reconstruir una cultura estratégica, reformar una estructura presupuestaria insostenible, profesionalizar capacidades, sostener inversiones durante varios gobiernos y vincular defensa con desarrollo nacional.

Argentina posee geografía, recursos y relevancia potencial. Lo que aún no posee es una política de defensa capaz de convertir esos activos en poder estratégico efectivo.